

# LETRAS

LETRILLAS

# L&TRONNES

66

LETRAS LIBRES  
JUNIO 2012

IN MEMÓRIAM

## HA MUERTO CARLOS FUENTES

✎ ARTURO FONTAINE

“... Cuando Frida Kahlo entró a su palco en el teatro, todas las distracciones musicales, arquitectónicas y pictóricas quedaron abolidas. El rumor, estruendo y ritmo de las joyas portadas por Frida ahogaron los de la orquesta, pero algo más que el mero sonido nos obligó a todos a mirar hacia arriba...” Fuentes, que está ahí, ve en ella llegando a su palco del Palacio de Bellas Artes a oír *Parsifal* algo más, quizás una diosa azteca: “... quizás Coatlicue, la madre envuelta en faldas de serpientes, exhibiendo su propio cuerpo lacerado y sus manos ensangrentadas como otras mujeres exhiben sus broches...”

Así pensaba Carlos Fuentes. Pensaba con la imaginación, donde confluyen las razones de la inteligencia y las del corazón. Y *le coeur a ses raisons que la raison ne connaît point*. Le interesaba lo vivo. Y en el presente descubría vivo un pasado que nos moldea aunque no lo sepamos, y que vuelve. Lo histórico emerge no solo cuando el asunto lo hace evidente, como en *La muerte de*

*Artemio Cruz* y *Terra Nostra*, sino en casi todos sus libros, desde *La región más transparente* hasta los inquietantes relatos de *Carolina Grau*. A veces lo hizo de manera irónica, como en *La voluntad y la fortuna*: “Una revisión espectral, lúdica, de la idea de una novela que compite con la historia”, dijo Michael Wood en *The New York Times Book Review* (4 de febrero de 2011).

No es que haya sido simplemente un poco historiador, y por eso escribió, por ejemplo, *El espejo enterrado*: como novelista hallaba lo histórico y lo mítico oculto en las capas geológicas más profundas de nuestra psique. Fue un desenterrador de esos espejos. Su ensayo sobre Kahlo se cierra con esta inolvidable cita: “A todos les estoy escribiendo con mis ojos.” Tenía ojo de joyero para dar con la línea reveladora. Era un lector voraz y arriesgado.

Mientras Fuentes lee un libro, está relejendo a la vez otros que vistos a través del que tiene en las manos cobran nuevos matices y dimensiones. Una novela nueva cambia las anteriores con las que entra en contacto. Nos cambia como lectores y por tanto cambia nuestra lectura. Es la historia de Pierre Menard. Después del *Quijote* no se puede

leer como antes el *Amadís de Gaula*. Después de *La cabeza de la hidra* no se puede leer igual una novela policiaca. Es lo que escribió Anthony Burgess en su comentario del *New York Times* (enero de 1979): “quizás la verdadera distinción de la novela reside en haber descartado para siempre las posibilidades del *thriller* de espías como una forma seria”.

En las novelas de Fuentes encuentro, en primer lugar, una energía desbordante. Ya en *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*, pero también en *La frontera de cristal* y *La voluntad y la fortuna*. Predominan protagonistas tipo Sorel en oposición a los pasivos, tipo Meursault, tan en boga en la juventud de antes (y de ahora, quizás). Esto me llamó la atención cuando lo leí por primera vez, en el colegio. Y todavía. El título *La voluntad y la fortuna* es representativo: hace pensar en Maquiavelo, que valora la voluntad del príncipe, pero advierte que la mitad de sus logros depende de la diosa de la fortuna.

Quizás Artemio Cruz sea su personaje paradigmático. La trama de *La muerte de Artemio Cruz* está férreamente unida por su agonía, desde donde se van articulando momentos escogidos y cruciales de su vida. A su vez, esos episodios configuran tramas breves. Por ejemplo, Artemio Cruz y un indio yaqui que está herido son hechos prisioneros por el coronel Zagal, que va al mando de una columna de combatientes de Pancho Villa. Van en hilera, a caballo. El indio yaqui se las arregla para decirle a Artemio Cruz que pasarán por el tajo de una mina abandonada y que si logra escapar por esos chiflones no lo encontrarán jamás. Artemio Cruz decide arriesgarse para conseguir su libertad. Se tira del caballo y se pierde entre los vericuetos oscuros y húmedos de la mina. Oye unos tiros, luego gritos, luego la carcada del coronel Zagal y un chiflido. Después, nada. Cuando Cruz regresa a la entrada, la han tapiado con piedras pesadas. Lo han deja-

do encerrado ahí adentro. El lector sigue los momentos que se suceden con terror. ¿Por qué nos ocurre esto si sabemos que Artemio Cruz sobrevivió y llegó a viejo y recién ahora, décadas después, agoniza y recuerda? Por cierto, Artemio Cruz logrará encontrar una galería estrecha y se arrastrará hasta dar con algo de luz y aire. Justo cuando el lector respira aliviado de poder salir con su héroe de ese encierro, la situación gira ciento ochenta grados: quienes acampan allí y guitarran son los mismos soldados villistas que lo llevaban prisionero.

Uno sucumbe al encanto de ese relato en estado puro. A la vez, se nos revela quién es Artemio Cruz, qué formidables adversidades es capaz de vencer su voluntad, y qué frágil es su victoria. El personaje y la trama, cuando están bien contruidos, son dos caras de la misma moneda. Hegel sostiene que el personaje moderno encarna “la energía y la perseverancia de la voluntad y de la pasión”. ¿Artemio Cruz?

Las novelas de Fuentes son polifónicas, son estructuras corales, abiertas. Hay sincretismo y hay barroco. Le gustaba concebirlas como un ágora, en oposición a los relatos cerrados, que tienen un solo foco y avanzan hacia su clímax sin desviarse y con determinación inexorable. Se construyen a partir de la brecha que existe entre el impulso subjetivo del protagonista y el mundo tal cual es. Para Hegel las novelas deben tener un desenlace en el que “la prosa sucede a la poesía, lo real a lo irreal”.

Pienso en lo que Aura es para Felipe:

Al fin, podrás ver esos ojos de mar que fluyen, se hacen espuma, vuelven a la calma verde, vuelven a inflamarse como una ola: tú los ves y te repites que no es cierto, que son unos hermosos ojos verdes idénticos a todos los hermosos ojos verdes que has conocido o podrás conocer. Sin embargo, no te engañas: esos ojos fluyen, se transforman, como

si te ofrecieran un paisaje que solo tú puedes adivinar y desear.

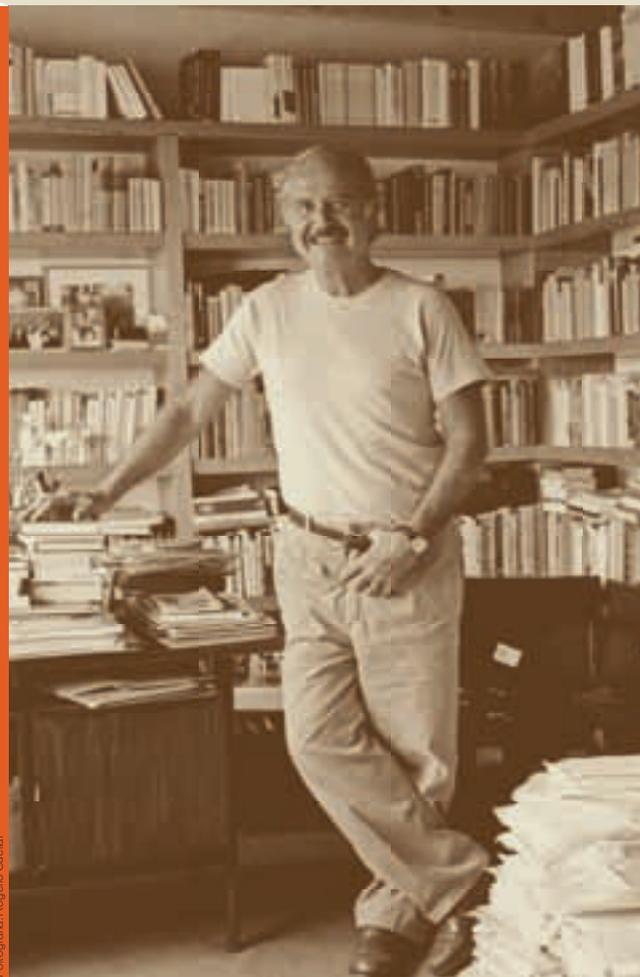
En ese instante la vida de Felipe cambia y se pone en marcha la historia. Avanzamos, como una cascada, hacia un desenlace de belleza alarmante e inexplicable.

Pienso en “El amante del teatro”, cuento de *Inquieta compañía*: “Todo cambió cuando apareció ella”, cuenta O’Shea. Así surgen las expectativas. Está en el edificio de enfrente, es decir, separada por un abismo. Al principio fue solo una luz detrás de las cortinas antes oscuras. Ese departamento llevaba años vacío. Ahora ella va y viene. Y, claro, no lo ve (¿no lo verá?). Eso lo hace libre. Puede investigar sus horarios y rutinas. Un día la ve abrir las cortinas. “Me bastó bajar la mirada hacia sus senos prácticamente visibles debido a lo pronunciado del escote, para descubrir en ellos una ternura que no me atreví a calificar.” El espectador, enamorado, quiere seguirla segundo a segundo. Acomoda su vida a la de ella. Parece hacerle gestos. No se atreve a tocar su timbre. O’Shea va a ver un *Hamlet*. Y ahí está ella, en la escena. No hay duda. Es Ofelia. Y ella lo mira y lo ve. Cuando la dulce Ofelia, sumergida en la corriente del río, se abandona a la muerte, le lanza una flor. Ha cruzado el abismo que separa la ficción de la vida. Los acontecimientos se precipitan, entonces, de manera trágica y desconcertante. El cuento se bifurca en dos versiones distintas, se abre como un campo de posibilidades. Fuentes invita al lector a escoger el final, a crear con él.

Esa distancia entre deseo y realidad, ese choque y esa transformación es lo que Fuentes no se cansó jamás de explorar como escritor.

Fuentes era un animal omnívoro: la literatura, pero también el cine; la pintura, pero también la historia, y el teatro y la música y la filosofía y la política y la arquitectura y la fotografía.

Fue su voz suave la que reconocí en el teléfono el pasado viernes 4 de mayo. Mi memoria retrocedió a esa sala de Columbia University,



Fotografía: Rogelio Cuellar

#### +Carlos Fuentes (1928-2012).

donde Fuentes daba su clase y yo era uno de sus muchos alumnos. Lo seguíamos absortos, aunque nos distraía, a veces, la serena belleza de Silvia, su mujer. Lémos el *Quijote*, *Tristram Shandy*, *Rojo y negro*, *Madame Bovary*, *Un corazón simple* y el *Ulises* de Joyce. Yo era un joven estudiante que intentaba ser escritor y había sido amedrentado por el *nouveau roman* de Robbe-Grillet y la revista *Tel Quel*. Encontrarse con ese curso de Fuentes fue para mí sentir que resucitaba el viejo oficio de contar.

Nació allí una amistad con él y con Silvia, periodista culta y sensible y cinéfila. A veces pasaba mucho tiempo sin contacto alguno. Pero volverse a ver era siempre reanudar la conversación como si no hubiese sido interrumpida. Me dijo que estaba en la feria de Buenos Aires y que acababa de cambiar el vuelo, que quería visitar a sus amigos chi-

lenos. Y así fue como se encontró con los escritores Carlos Franz, Antonio Skármeta y Sergio Missana, el filósofo Martín Hopenhayn y el expresidente Ricardo Lagos. No resultó la cita con el filósofo Roberto Torretti, pero hablaron largo por teléfono.

A Torretti, como a José Donoso, los conoció en The Grange, su colegio mientras vivió en Chile. Una gestión suya permitiría, mucho más tarde, que Donoso se publicara en inglés. Comiéndose unas machas el lunes, al almuerzo, me habló de Mrs. Balfour, la profesora que lo introdujo a la literatura inglesa. Ese cruce en su adolescencia de las literaturas inglesa y castellana fue determinante para su vocación, me dijo. También la experiencia de las luchas políticas en la democracia chilena. Desde entonces se ubicó a la izquierda. Años después, Fidel Castro lo ilusionaría y desilusionaría. Llamó a Chávez “un Mussolini latinoamericano”. Era un socialdemócrata al estilo de Felipe González o Ricardo Lagos. Hablamos del cine mexicano actual, de los guiones de Guillermo Arriaga, de Tolstói, de Kundera, de Rulfo, de Quevedo, de Santiago Gamboa, de Hollande, de cómo ordenar los libros en la biblioteca, de Veracruz... Estaba lúcido y vibrante como siempre. Se embarcó el martes 8 a la ciudad de México. Fue su despedida.

Fuentes fue grande en sus defectos y grande en sus virtudes. Tenía un espíritu inquieto, inteligente, voluntarioso y alerta a los demás. Era un hombre atrayente. Según Donoso, muchas mujeres interesantes sucumbían a su encanto. Doy fe de su inmensa generosidad en la amistad.

No sé bien qué encarne Artemio Cruz como personaje, pero intuyo que su fondo es la vida real. No quisiera simplificarlo. Pero hay una frase que escribió Terencio en su viejo latín y que dice más o menos así: “Soy hombre y nada humano me es ajeno.” Creo que eso puede decirse de Artemio Cruz. Creo que también de su creador, Carlos Fuentes. —

## ELECCIONES EN FRANCIA

# FRANCIA ATRAPADA POR LAS UTOPIAS

de GUY SORMAN

La política francesa ya no está en el centro de la historia de Occidente, pero sigue manteniendo una influencia y un significado que van más allá de sus fronteras nacionales. Desde el siglo XVIII, pasando por el papel épico de De Gaulle en la Segunda Guerra Mundial y la descolonización de África, hasta el “movimiento” estudiantil de mayo de 1968, Francia ha sido con frecuencia un laboratorio de profundos cambios sociales que afectarían a toda Europa. Es posible que lo mismo haya sucedido en la reciente elección presidencial: el idiosincrásico presidente Nicolas Sarkozy ha sido sustituido por el aburrido y burocrático François Hollande.

El nuevo presidente francés hizo saber a todos sus votantes, como parte de su atractivo de campaña, que él sería un presidente “normal”, en contraste con todos sus predecesores desde la fundación de la V República, en 1958. Esto puede ser una señal significativa de que las naciones democráticas han desarrollado cierto recelo a la posibilidad de ser lideradas por presidentes o primeros ministros extravagantes y carismáticos, a la manera de los ya retirados Sarkozy o Berlusconi. Si observamos el conjunto de Europa, ninguna democracia es liderada actualmente por una fuerte personalidad carismática: Europa no tiene en el timón a Sarkozy ni a Berlusconi, pero tampoco a Thatcher, Helmut Kohl o José María Aznar. En un momento en el que existe una percepción unánime de la crisis europea —una crisis económica e institucional—, todos los líderes europeos parecen, bueno, extremadamente normales. Los franceses, que solían enamorarse de líderes fuertes o al menos idiosincrásicos, se han vuelto normales, como cualquiera.

Después de todo, ¿no deberíamos celebrar la victoria de la normalidad sobre el carisma en los regímenes democráticos? La democracia consiste en ciudadanos normales que eligen candidatos normales por un periodo de tiempo limitado. Con todo, ¿y si no estamos en tiempos normales, como el propio Sarkozy le espetó a su normal adversario durante la campaña? La normalidad de la mayor parte de los líderes europeos coincide, lamentablemente, con una notoria ausencia de visión y estrategia a largo plazo. En caso de que alguno de estos líderes normales tenga una estrategia a largo plazo para Europa (¿tienen una Van Rompuy o Lady Ashton?), parecen extraordinariamente incapaces de transmitirla al pueblo europeo. En el significativo caso de François Hollande, los raros atisbos de una visión global que hasta el momento ha podido elaborar mandaban a Francia de vuelta a la socialdemocracia que fue popular y bastante exitosa en los años sesenta: un fuerte Estado del bienestar, construcción de infraestructuras para relanzar el crecimiento económico y crear puestos de trabajo. Hollande, de hecho, devuelve a los franceses a los idílicos sesenta: una época de rápido crecimiento, demografía dinámica, poca inmigración y falta de competidores, previa a la globalización.

La utopía de Hollande, que el nuevo presidente francés intentará compartir con los demás líderes europeos, nos devuelve a un mundo que ya no existe. Esta nostalgia por cosas pasadas es inquietante cuando, al mismo tiempo, Francia y otras democracias se enfrentan a los verdaderos retos contemporáneos y, más ominosamente, a utopías alternativas que surgen de la extrema izquierda y la extrema derecha. Retrospectivamente, las elecciones presidenciales francesas de 2012 podrían recordarse no tanto como las de la victoria de Hollande, sino como el principio de la Larga Marcha de los llamados partidos populistas hacia la toma del poder o, al



Fotografía: Paolo Francia/Internationale

### +Las caras de la utopía francesa.

menos, al ejercicio de una influencia decisiva en la política europea. En la primera vuelta de las elecciones francesas, la extrema izquierda —una variopinta colección de comunistas, anticapitalistas, trotskistas y ecologistas radicales— consiguió alrededor del 14% de los votos. En la extrema derecha, el Frente Nacional liderado por Marine Le Pen, lo más cercano que tenemos a la vieja ideología fascista, alcanzó su máximo histórico con un 18% de los votos. Sumados, han atraído a un tercio de los votantes franceses. ¿Es legítimo sumarlos cuando simulan ser enemigos acérrimos? Resulta que tienen mucho en común, en primer lugar por su oposición a la dirección general de las políticas mayoritarias en Francia y en Europa: no al libre mercado, no a la Europa liberal, no al euro, al capitalismo, a la globalización. Ambos lados tienen sus raíces en un pasado idealizado: la Revolución francesa y su vena igualitaria en el caso de la extrema izquierda, y el Imperio francés y el dominio de la raza blanca entre la extrema derecha. Ambos proponen soluciones irreales, como cerrar las fronteras a la competición extranjera, suprimir el capitalismo y los mercados financieros, o mandar a los inmigrantes de vuelta a sus países. Ambos son, de hecho, fuertemente nacionalistas, porque están persuadidos de que Francia debería actuar a solas, sin tener en cuenta el mundo exterior. La convergencia va más allá de la común irracionalidad de sus programas: tanto la extrema

izquierda como la extrema derecha encuentran sus votantes fieles entre el gran número de franceses que se sienten desengañados de la política tradicional, que suelen ser pobres, con frecuencia desempleados o con un futuro desolador. Por lo tanto, las utopías, de extrema izquierda o de extrema derecha, atraen a un tercio de la nación que no percibe oportunidades para sí en una sociedad abierta.

La normalidad de Hollande puede parecer una respuesta pobre a esas masas populistas. Llamarles populistas no es un análisis satisfactorio, porque el malestar que expresan a través de esas aspiraciones utópicas se basa en miedos reales y legítimos. ¿Hasta qué punto reales y legítimos? A causa del lento crecimiento y la globalización, todas las sociedades europeas —y también, ciertamente, la estadounidense— se han dividido claramente en dos nuevas clases: el estrato superior puede prosperar gracias a una buena educación, trabajos relativamente buenos, buenas conexiones sociales y capital social. El estrato inferior sigue atrapado en trabajos menores, o carece de empleo. El estrato inferior es el que se enfrenta directamente a la competición de inmigrantes, legales e ilegales, procedentes de países africanos pobres.

Ningún líder europeo, y eso incluye a François Hollande, explica o siquiera menciona esta nueva división entre los que tienen y los que no: Hollande y Sarkozy eran represen-

tantes del estrato superior y ambos miraban por encima del hombro al estrato inferior, como una reserva de votantes a los que seducir, no como una nueva clase desamparados. Esta falta de análisis de lo que realmente significa el populismo convierte las elecciones francesas en un signo ominoso de la ceguera del liderazgo europeo. Volver a la vieja y conocida socialdemocracia de los años sesenta, tan querida por Hollande, parece un caso de nostalgia infantil cuando un peligro real amenaza el tejido de las sociedades europeas. —

© Project Syndicate

TRADUCCIÓN DE

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

CRISIS

## CIEN AÑOS DE ÉXITOS

✎ MIGUEL AGUILAR

La comprensible pesadumbre ambiental, el llanto y el crujir de dientes, las malas noticias que se agolpan en los periódicos, la zozobra que atenaza al más pintado, todo parece sugerir que cualquier tiempo pasado fue mejor. La revolución digital amenaza con acabar con la cultura y la tradición: los lectores ya no escuchan a los críticos. La emergencia de nuevas potencias cuestiona la supremacía de occidente: Evo nacionaliza una compañía española y Dilma no se deja impresionar por Obama. En España, las certezas de la Cultura de la Transición dejan paso a una vasta y desolada incertidumbre, sin instituciones a las que asirnos tras el acelerado desgaste del gobierno, los partidos, la monarquía, los sindicatos, la judicatura, los medios y hasta el Barça de Guardiola. No hay lugar donde poner los ojos que no sea recuerdo del declive.

¿Tan mal estamos? La pregunta no es retórica ni se puede contestar sin más. Estamos peor que hace cuatro años, sin duda, y, si miramos las últimas semanas de la bolsa, al nivel de hace nueve. Pero alcemos un poco la mirada y veamos más



+1912: No muy demócratas, pero elegantes.

allá del humo que nos rodea. Busquemos un punto de referencia, por ejemplo hace cien años, 1912. Un margen tan arbitrario como redondo. ¿Es mejor estar vivo en 2012 que en 1912? ¿Y nacer en 1912? ¿Preferible a hacerlo en 2012? Circunscribámonos a Europa. No vale argumentar que la Primera Guerra Mundial estaba a la vuelta de la esquina y que los europeos que la sobrevivieron tuvieron apenas veinte años después la oportunidad de perfeccionar la barbarie, y no la desaprovecharon. No sabemos que nos deparará el 2014, ni el 2039 (esperemos que centenarios pacíficos), así que busquemos los méritos en sí de las dos fechas.

En 1912 la primera globalización liberal había socavado los cimientos de la sociedad decimonónica. El acceso a los productos agrícolas de Argentina, Australia o Canadá hacia tambalearse la hegemonía británica, cuya industria había quedado anticuada y cuya fe en el libre comercio la había hecho vulnerable. Una burguesía confiada y rica dejaba atrás a la aristocracia como clase dominante. Pero lo hacía a costa de la miseria imperante entre la mayoría de la población. La subordinación de la mujer era absoluta, por no hablar de la de otras minorías, la esperanza de vida no llegaba a los cuarenta años, y el trabajo infantil era la norma. Las leves mejoras de

la medicina contribuían a aumentar la esperanza de vida y a aliviar la mortalidad infantil, lo que producía una trampa maltusiana por la que aumentaba la pobreza.

En España las bancarrotas del Estado y la dependencia de prestatarios extranjeros eran constantes, en ocasiones incluso con contrapartidas como la explotación en exclusiva de recursos mineros. Los problemas para la formación de capital nacional fueron una constante, que las varias reformas financieras de finales del siglo XIX no lograron paliar. En el campo español, como queda claro por las descripciones de los viajeros extranjeros, reinaban la miseria y el hambre.

A lo largo del siglo XX, con sus desastres incluidos, los progresos de la humanidad han sido asombrosos. Solo en España, se ha doblado el número de habitantes y el PIB se ha multiplicado por 17,5. La alfabetización de la casi totalidad de la población es un indicio de los avances en educación. La emancipación de la mujer y su incorporación al mercado laboral han liberado a la mitad de la humanidad. La mayoría de las enfermedades han sido controladas. De las humeantes ruinas de Europa y Japón en 1945 surgieron las sociedades más prósperas e igualitarias de la historia.

Creo que podemos afirmar sin miedo que es mucho mejor el año 2012 que el 1912. Entonces ¿por qué esta zozobra y este miedo? Quizá porque igual que entonces se avicinan grandes cambios geopolíticos y socioeconómicos que presentimos pero que no podemos controlar. Y porque, situados en la atalaya de unas sociedades ricas y poderosas, no adivinamos otro camino que no sea el declive y quedar arrumbados por la historia en la playa de la insignificancia. Por eso, precisamente, ver de dónde venimos, recordar las penurias económicas de nuestro pasado inmediato y pensar en las dificultades que hemos superado debería servir, si no para alegrarnos, al menos para tranquilizarnos. Hemos estado mucho peor que ahora, y hemos

llegado a la actual prosperidad (sí, prosperidad, por más que nos empeñemos en negarlo). Empecinarse en un pesimismo ciego, o en la queja permanente no solucionará nada. Porque, como ya sabemos, los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla. —

LITERATURA

## CARTAS DE ESCRITORES

de ISABEL NÚÑEZ

Podría decirse que la amistad es una conversación a lo largo del tiempo y, si es así, la correspondencia contaría la historia de esa amistad, de esa conversación siempre interrumpida y vuelta a reanudar a lo largo de los años. Por suerte, y a contracorriente de la crisis y el miedo editorial, en este país empiezan a proliferar los libros de cartas, tan omnipresentes en el mundo anglosajón y en el universo francófono, como muestra ese delicioso Musée des Lettres et des Manuscrits de París, o los inmensos volúmenes de cartas de poetas y novelistas anglosajones.

Para los escritores, es un género más libre, sin tanta exigencia formal, donde la reciprocidad produce mutua inspiración. Sirve contra el bloqueo y la obsesión, y permite a los



+Hannah Arendt (1906-1975).

autores pensar en sus obras a través de la escucha crítica del otro. Suele haber cierta conciencia de una hipotética publicación futura. “Algún día ganarás dinero con estas cartas”, le escribió una vez Bukowski a una escritora americana con la que tuvo un *affair* cuando no era conocido, y una larga correspondencia. Y, efectivamente, ella acabó vendiéndolas casi todas en un momento de apuro económico.

Naturalmente, el hecho de que sean escritores, con un universo particular y la capacidad de expresar su mirada en palabras, cambia mucho la calidad y el interés de una correspondencia. Diría que un escritor siempre está componiendo, incluso cuando discute. La obsesividad del oficio de la escritura lo traspasa todo, sobre todo en los intervalos en que el escritor no escribe: cartas, *e-mails*, conversaciones, por todas partes aparece la escritura *refoulée*.

Aunque el género epistolar no inspira igual a todos. Kafka brilla incluso en una nota donde pide dinero al editor, como también Pessoa, que decía ser brillante únicamente cuando estaba solo. En cambio, no hay nada en las cartas de Nabokov, salvo puntualizaciones prosaicas de folios, dinero, etc. Son maravillosas las cartas de Giono reunidas en *J'ai ce que j'ai donné* (a sus

padres, sobre guerra, a una amiga triste, a sus hijos). O las maravillosas, vehementes, furiosas y analíticas cartas de Saul Bellow (recién publicadas por Alfabet), discutiendo contra el mundo con su humor particular.

Sorprende la correspondencia de Gustave Flaubert con George Sand (Marbot Ediciones), que guarda un parecido a mi juicio, salvando las distancias, con la de Juan Benet y Carmen Martín Gaité (Galaxia Gutenberg). En ambos casos se trata de parejas de escritores muy distintos, que se admiran y respetan a pesar de la gran diferencia del peso literario de sus obras e incluso de su actitud ante la vida y la obra.

Si, en sus cartas a Louise Colet, Flaubert se mostraba misógino y despectivo, esta correspondencia muestra una amistad admirativa y recíproca, que puede leerse narrativamente como un *thriller*. Para Georges Sand, la vida es lo importante y la escritura, un modo de ganársela. Para Flaubert, la escritura lo ocupa todo. Para Sand, se trata de ideas y emociones. Para Flaubert, es el estilo. Ella escribe sin parar. Él pasa semanas forcejeando con un párrafo, obsesionado con el ritmo, buscando *le mot juste*. Los dos sufren problemas pecuniarios. Flaubert se desespera con las reacciones que provocan sus libros, se enfurece contra la estupidez. George Sand comprende mejor que él por qué no se le entiende, por qué se le envidia, por qué se le ve como una amenaza. Ella misma defendió *La educación sentimental*. Flaubert lee y valora la obra de ella, se deja conmover, la elogia. Sus ideas políticas son casi opuestas, ella progresista, demócrata, socialista; él más bien monárquico y desdenoso de lo popular. Ella parece casi zen, apegada a la naturaleza y celebrando la vida, mientras que él goza de su condición de anacoreta. Y sin embargo se encuentran, mágicamente, por su inteligencia y por su afecto.

Otra correspondencia apasionante es *Entre amigas* de Mary McCarthy

y Hannah Arendt (Lumen), una novelista y una filósofa, dos amigas que empiezan disintiendo casi ferozmente y seguirán siempre discutiendo admirándose, leyéndose y criticándose mutuamente en las ideas, añorándose intelectual y afectivamente, buscando las maneras de encontrarse, visitándose. Y entre tanto se escriben. Y nos hacen pensar en torno a la cuestión judía y la ética tras la *Sboab*, pero también sobre las relaciones personales, la envidia, el poder en lo amoroso, la libertad, la independencia, la construcción de una obra. Sus cartas no solo trazan sus trayectorias vitales y la evolución de sus obras respectivas conectadas con sus biografías, sino también la vida intelectual y los debates del momento, los encuentros y desencuentros de las figuras del mundo cultural.

O la de Theodor W. Adorno y Walter Benjamin (Trotta), dos intelectuales que se leen con pasión, y asombra con qué atención dedica su tiempo Adorno al examen crítico de los trabajos de Benjamin y con qué delicadeza expone sus objeciones, y cómo intentó rescatarle en vano de su destino trágico. Es inevitable comparar la solidez organizada de Adorno con el brillo lúcido y vulnerable de Benjamin, la sensación de que Benjamin no se salvó porque el peso de su melancolía interior le impidió aprovechar las ocasiones de huir, mientras que Adorno, a pesar de sus sueños terribles, su memoria y su conciencia, logró otra vida en Estados Unidos. Y para acabar este recorrido epistolar que podría no tener fin, un libro viejo que reconciliaría con la figura del editor: en *El autor y su editor* (Taurus), Siegfried Unseld reúne las cartas de Hesse, Brecht, Rilke y Robert Walser con sus editores (las de Walser con un peso especial). Esas cartas, por muy acotado que sea su terreno, muestran con asombrosa claridad la relación de cada uno de esos escritores con el mundo, material y humano, con su escritura y su yo, con el delirio y la razón. —



+Mary McCarthy (1912-1989).



Fotografía: Martin Lohmann

+Paul Auster: un escritor con suerte.

LITERATURA

## EL SÍNDROME PAUL AUSTER

✎ MALCOLM OTERO BARRAL

**S**i entendemos la ficción como una convención entre el creador y el lector o espectador, la verosimilitud no es, en sí misma, un valor. En tanto que existe una suerte de acuerdo tácito entre ambos por el que el grado de parecido a la realidad es irrelevante si el receptor acepta el engaño, si se deja llevar. Es pues tolerable, desde este punto de vista, que Paul Auster haga que el niño protagonista de su novela *Mr. Vértigo* tenga la capacidad de volar. Sin embargo, hay una característica que sus críticos subrayan como meramente definitoria y que es, a mi juicio, el punto débil de casi toda su obra y un vicio que se está demostrando contagioso: el abuso del azar. No hay nada más tramposo que hilvanar las historias con la casualidad. Esta concatenación de hechos azarosos supone romper ese contrato implícito con el lector y una dejación de la más mínima decencia narrativa.

Él mismo se defiende de esta acusación en *Dossier de Paul Auster* contraponiendo casualidad a linealidad y advirtiéndonos lo que todos ya sabíamos: que la vida está llena de momentos aleatorios que marcan el rumbo de nuestras vidas. Pero su excusa se aprovecha de la ambigüedad de los términos. Todos entendemos que las historias, como la

vida, están llenas de contingencias y que el hecho de que un personaje muera atropellado o se salve de un accidente por un retraso circunstancial es perfectamente razonable. Lo que no es admisible es que la narración avance y se resuelva por hechos fortuitos que alteren de una manera burda los elementos fundamentales de la misma. Si, además, el autor convierte la historia en una hipérbole del “efecto mariposa” por el cual todo está relacionado, lo que obtenemos es un texto en el que no es preciso adentrarse en los complejíssimos efectos causales, que son sustituidos por los casuales.

Casi todas sus obras son ejemplos de estas carencias, desde *El Palacio de la Luna*, de hace más de veinte años, donde una casualidad lleva al huérfano Marco Stanley a descubrir que el viejo que contrata es en realidad su abuelo, a la manera en la que se unen las piezas en la reciente *Sunset Park*.

Ahora bien, es cierto que no es el único. Guillermo Arriaga, el flamante guionista de tres películas de Alejandro González Iñárritu y director él mismo, es considerado uno de los talentos más deslumbrantes del cine latinoamericano. Y, si se ha demostrado un genio en unir historias inconexas por detalles azarosos (otra vez el “efecto mariposa”), es en una de sus producciones más afamadas, *Los tres entierros de Melquiades Estrada*, donde vemos con más claridad el síndrome Paul Auster. Un resumen sucinto de algunos tramos argumentales nos sirven como muestra: un policía de fronteras dispara a un desconocido y, bendita casualidad, ese desconocido resulta ser el hombre con el que su mujer le estaba engañando. Ese mismo policía golpea fuertemente a una migrante ilegal que intenta cruzar a los Estados Unidos. En un viaje posterior del policía al desierto mexicano es mordido por una serpiente de cascabel y, ay, más casualidades, la mujer que le cura es la misma migrante a la que rompió la nariz.

Pero hay muchos otros autores que sacan ases de la manga de la casualidad. Y con acercarse someramente a la creciente infantilización de la literatura y a la simplificación de los superventas cinematográficos ya puede uno entrever que es una fórmula exitosa.

Paul Haggis en 2004 cautivó al público y a la crítica con su película *Crash*. La cinta era un compendio de todos los conflictos posibles en la ciudad de Los Ángeles: racismo, rabia, incomunicación... Una de esas películas que nacen cada cierto tiempo y que pretenden ser una radiografía de todos nuestros males. Ahora bien, para que tantos sentimientos disímiles cupieran en dos horas de metraje tuvo que abusar de lo azaroso. En un área metropolitana de más de quince millones de habitantes, los personajes, de toda índole social, se encuentran sin parar con el único fin de que la acción pueda avanzar. El espectador, bañado en lágrimas por la muerte a balazos de una niña o por el rescate del fuego de una accidentada, no se percata de lo exageradas que resultan las conexiones entre personajes.

Los defensores del “efecto mariposa” y de este uso desmedido de lo casual suelen argüir que el mundo es muy pequeño y esgrimen teorías de café como la de los seis grados de separación con otro ser humano en la tierra. Y sí, la teoría funciona cuando la persona elegida es Barack Obama o Bill Gates pero falla estrepitosamente si buscamos nuestra relación con un campesino de Extremadura o de una aldea de Lugo.

La vida es infinita y desordenada y la ficción tiene, entre otras misiones, la de encapsular, ordenar e interpretar la realidad en unas páginas o unos centímetros de celuloide. Explicar lo que les sucede a los personajes sin más engarce que el azar facilita las cosas al autor pero infringe la regla del porqué de las cosas que se le debe al lector o al espectador. —

REPSOL

## TRAICIONERA REALIDAD

JORGE SUÁREZ VÉLEZ

**H**ace veinte años, tuve la oportunidad de trabajar en la oferta pública de acciones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) que se realizó después de su privatización, en 1993. De primera mano —trabajaba en el banco japonés Nomura, entonces el más grande del mundo—, constaté la muy positiva reacción de aseguradoras, fondos de pensiones y otros grandes inversionistas de Japón, Australia, Nueva Zelanda, Suiza, Inglaterra y Escocia.

El gobierno de Carlos Saúl Menem había lanzado un agresivo plan para privatizar empresas estatales, invertir en infraestructura e insertar a su país en la modernidad. El ministro de Economía, Domingo Cavallo, recibía a los grandes inversionistas en Buenos Aires y proveía de robustos argumentos a quienes tratábamos de que el flujo de inversión global privilegiara a América Latina sobre el también ascendente sudeste asiático. En las juntas que teníamos los ejecutivos de la nueva empresa y miembros del gabinete de Menem, los potenciales inversionistas preguntaban cómo tener certidumbre en un país que había transitado de las estatizaciones de Perón en los cuarenta y cincuenta a las ignominiosas dictaduras militares de los setenta y ochenta. Cavallo respondía que la lección estaba aprendida. Argentina quería ser un país internacionalmente competitivo y eso se lograría estimulando a las empresas privadas. Los inversionistas preguntaban sobre el riesgo de controles de cambios; el ministro respondía que ellos entendían que el capital solo entra en países donde se tiene la certeza de que podrá salir de vuelta. Los inversionistas aplaudían, al igual que los políticos locales, incluido Néstor Kirchner, gobernador del estado de Santa Cruz.



### +Repsol y el divorcio hispano-argentino.

YPF habría de sufrir un fuerte revés en 1995 con la trágica muerte de su presidente, José Estenssoro, cuando volaba sobre Ecuador. Esto ocurría en un momento crucial para la empresa, que intentaba adquirir a la compañía texana Maxus Energy con la intención de convertir a YPF en un contendiente global. Además, el vertiginoso despegue argentino habría de sucumbir pronto por la camisa de fuerza cambiaría que se impuso el gobierno, por los altos niveles de corrupción gubernamental y por el regreso del voraz estado clientelar. En 1999, la española Repsol tomó control accionario de YPF, en medio de un entorno global complicado por la crisis asiática de 1998. Repsol podía conseguir crédito en los mercados internacionales a precios y en montos que no eran accesibles para Argentina, cuya situación empezaba un deterioro que culminaría en la suspensión del pago de 100 mil millones de dólares de deuda pública, declarada en 2001.

País ejemplar diez años antes, la relación de Argentina con el mundo cambió, yendo en sentido opuesto a los demás. Se peleó con los inversionistas internacionales en un momento en el cual la inversión extranjera directa empezaba a crecer de forma exponencial. Argentina se fue volviendo cada vez más una isla, un anacoreta que al no poder acceder a mercados internacionales de crédito tiene menores incentivos para jugar con reglas globalmente aceptables. Comenzaron los controles de precios, que incluían gasolina, gas para uso doméstico y electricidad. Obviamente, al subsidiar precios de cualquier producto, la demanda crece, lo cual, aunado a un ambiente poco propicio para invertir, acabaría garantizando la imposibilidad de autoabastecimiento. Aerolíneas Argentinas se estatizaría, así como Aysa (proveedora de agua), que hoy pierden cerca de mil millones de dólares al año siendo administradas por el gobierno. El servicio postal también fue nacio-

nalizado, lo cual sirvió de paso para asestarle un golpe al Grupo Macri, propiedad del padre del principal político opositor a Kirchner.

Algunas empresas internacionales optaron por salirse, sabiendo que era solo cuestión de tiempo que corrieran la misma suerte. Pero Repsol decidió una estrategia alternativa, que probaría ser errada: escuchó el canto de las sirenas entonado por el presidente Kirchner, quien sugirió en 2007 un blindaje a través de la sustancial participación accionaria al Grupo Petersen, propiedad de la familia Eskenazi, parte de la oligarquía cercana al mandatario. El grupo acabó haciéndose de una cuarta parte de la empresa a cambio de... nada. Recibieron un crédito —de varios bancos y del propio Repsol— por 3.400 millones de dólares, que tendría que ser pagado con dividendos provenientes de la propia petrolera (en este momento, siguen debiendo alrededor de 1.200 millones de dólares que tenían como colateral a las propias acciones de YPF, cuyo precio está en caída libre, una situación nada envidiable). Ciertamente, hasta el deceso de Néstor, en octubre de 2010, el blindaje funcionó, pero Cristina respondería a otros intereses y compromisos.

Hay elementos difíciles de entender entre los argumentos de Cristina Fernández de Kirchner para estatizar la mayor parte de la participación de Repsol en YPF. La queja es que la producción de la empresa cayó y llevó a que el país importara hidrocarburos por primera vez en diecisiete años. La producción se redujo de 45,4 millones de metros cúbicos a 35,3 millones, lo que equivale a un tercio de la producción total del país. Pero esa caída no es exclusiva de YPF. Otras empresas estatales ineficientes, como Pemex y PDVSA, sufrieron el mismo problema, ambas con el mismo origen: Estados que demandan altos “dividendos” y acaban dejando pocos recursos para reinversión, exploración y mantenimiento. En los casos mexicano y venezolano, las petroleras tienen que alimentar al fisco. En Argentina, la falta de inver-

sión proviene, además de la necesidad de repartir dividendos elevados para permitir que los Eskenazi paguen su deuda, de los mínimos incentivos provistos por un mercado local que impide que la gasolina y el gas se vendan a precios internacionales. Ninguna empresa sería invertiría en un país que impone esas condiciones; a pesar de ello, la inversión de Repsol en YPF fue creciente (según cifras de Repsol, se adquirieron bienes productivos por 2.990 millones de dólares en 2011). Es poco creíble la justificación de la estatización con ese argumento, además, pues si YPF es solo un tercio de la producción total del país, sería razonable estatizar con el mismo criterio a las otras multinacionales que participan en el mismo mercado y cuya producción ha caído proporcionalmente más que en YPF.

Este es un momento de libro de texto para gobiernos proclives al populismo: los precios de las materias primas alcanzan máximos históricos, mientras la situación fiscal del país es endeble. Se vuelve tentador violar títulos de concesión o cambiar el tratamiento fiscal para pedir más a empresas extractivas sujetas a concesiones públicas cuando estas más se benefician de altos precios internacionales. El populismo entiende poco de inversión. ¿Estarían dispuestos los mismos gobiernos a dar subsidios a esas empresas privadas cuando los precios de minerales y otras materias primas estén en la parte opuesta del ciclo? Las víctimas —las grandes empresas multinacionales— despiertan poca simpatía. Tienen en general acceso en este momento a cuantiosos recursos por su crédito a tasas históricamente mínimas y porque, al haber caído la demanda proveniente de Europa y Estados Unidos, invierten menos (por ello, las empresas estadounidenses, por ejemplo, tienen más de 2,2 millones de millones de dólares en caja).

En un país con un Estado de derecho endeble, la rabieta contra ellas se manifiesta en forma de expropiación. No olvidemos que este mismo

gobierno robó (perdón, a veces no hay calificativo más preciso) 27.000 millones de dólares de fondos de ahorros para el retiro de individuos en 2008, cuando Cristina Fernández decidió terminar con el sistema de AFJP para reemplazarlo con un “único régimen estatal de reparto”. Así, un gobierno sin acceso a mercados de crédito internacionales se hacía de suficientes recursos para evitar un colapso económico en 2009, manteniendo incluso sus programas de subsidios. De forma similar, la enajenación de la petrolera estatal ahora le dará suficientes recursos para evitar un desplome, buscando comprar tiempo para reformar la constitución con el objeto de reelegirse en 2015, o quizá para que su hijo Máximo desarrolle un perfil que le permita volverse en algún momento el heredero de la presidencia.

Sin embargo, eso no explica por qué eligieron a Repsol-YPF entre las otras empresas. La respuesta puede estar precisamente en que, después de la muerte de Néstor Kirchner, los Eskenazi han perdido el favor de la corte (y ahora tendrán que ver cómo pagan su deuda, o se deshacen de sus acciones) y nuevas agrupaciones kirchneristas nacionalistas, como La Cámpora, tienen la simpatía de Máximo. No es casual que uno de sus miembros, el joven viceministro de Economía Axel Kicillof, esté ahora al mando de la empresa.

Los gobiernos argentinos se han mostrado incapaces de tomar decisiones a largo plazo correctas. A pesar de ello y de no tener acceso a los mercados internacionales de crédito, la economía argentina logró crecer 7,7% en promedio entre 2003 y 2011, recibiendo el formidable beneficio del enorme salto en los precios internacionales de la soja. Sin embargo, el crecimiento que se espera se reducirá a 3% este año. A la larga, una vez que haya acabado de saquear las arcas de todas las empresas a su alcance, el gobierno de Kirchner tendrá que enfrentar una realidad incómoda al haberse vuelto, por iniciativa propia, el paria del mercado. —